

cesarios para proveer la armada; se obligó á todos los dueños de barcos en los puertos de Andalucía á tenerlos prontos para la expedición; se alistaron artesanos y mineros, para que provistos unos y otros de los instrumentos de sus oficios, ejerciesen y enseñasen las artes, y descubriesen las riquezas subterráneas encerradas en aquellos países. Nunca los reyes, y menos en este caso, se olvidaban de los intereses de la religion, y así destinaron tambien doce eclesiásticos, que en calidad de misioneros propagasen la fé, instruyendo en ella aquellos pobres gentiles. Determinóse igualmente enviar los indios que habia traído Colón y habian sido bautizados, para que estimulasen á sus compañeros á hacer lo mismo, escepto uno que quedó agregado á la servidumbre del príncipe don Juan, y se recomendó mucho al almirante que procurára fuesen tratados los indígenas de aquellos países con toda consideracion y benignidad, y que castigára severamente á los que los vejasen ó molestasen en lo mas mínimo.

Para autorizar mas la conquista, quisieron los reyes, «aunque para esto no tuviesen necesidad,» como dice un cronista contemporáneo ⁽¹⁾, fortalecer su derecho con la sancion pontificia; á cuyo efecto impetraron una bula del papa, que lo era entonces Alejandro VI., el cual no vaciló en otorgarla (3 de mayo, 1493), confirmando á los reyes de Castilla en el derecho de posesion de las tierras ya descubiertas y

(1) Oviedo, Hist. y lib. citad. cap. 8.

de las que en lo sucesivo se descubriesen en el Océano Occidental, en atencion á los servicios que los monarcas españoles habian hecho á la religion destruyendo en su reino y preservando á Europa de la dominacion mahometana. Pero á esta bula siguió inmediatamente otra de una naturaleza bien estraña y singular. A fin de evitar las cuestiones que pudieran ocurrir entre españoles y portugueses sobre derecho de descubrimiento y conquista de las tierras que hubiese en el Océano, trazó el pontífice una línea imaginaria de polo á polo, y declaró pertenecer á los españoles todo lo que descubriesen al Occidente, á los portugueses lo que descubriesen ellos al Mediodía ⁽¹⁾.

No podian desechar los portugueses la mortificante idea de haber sido ellos los primeros que pudieron aprovecharse de la ciencia y de los ofrecimientos de Colón, ni ver sin inquietud y sin envidia el engrandecimiento marítimo de la España debido al hombre que ellos habian desdeñado. Y aunque el almirante á su regreso por Lisboa habia declarado que su rumbo y su plan y las instrucciones del gobierno de España era de alejarse de todos los establecimientos

(1) Navarrete, Coleccion de Viages, tom. II. Coleccion Diplom. n. 47 y 48.—Oviedo dice tambien haber visto una copia autorizada de la bula.—Comienza la Bula: *Inter cætera*, y concluye: *D. Romæ apud S. Petrum, V. Non. Maji a. D. 1493.* Sobre la cual dice Guerra en su *Epitome Pontificiarum Constitutionum*: «*Ducendo lineam á polo arctico ad antarcticum, quæ linea distet á quilibet insularum quæ apellantur de los Azores et Cabo Verde centum leucis versus occidentem et meridiem, omnes terras firmas inventas, vel inveniendas, sint vel versus Indiam, vel versus aliam partem cuamcumque, dat et assignat Alexander eidem Regi.*»

portugueses en la costa de Africa, andaba no obstante el político don Juan II. de Portugal discurriendo cómo entorpecer ó desconcertar los descubrimientos de los españoles; y si bien habia hecho á Colon una buena acogida y no habia dejado de felicitar á los reyes por el éxito de su empresa, tampoco dejaba de hacer armamentos que Fernando é Isabel tuvieron por sospechosos, y que los movieron á enviar por embajador á Lisboa á don Lope de Herrera, con órdenes secretas y facultades especiales para obrar segun el empleo que los portugueses dieran á aquella armada. El astuto don Juan lo comprendió, y como no le convenia chocar directamente con un enemigo tan poderoso, para disipar sus recelos se comprometió á no dejar salir de su reino escuadra alguna en el espacio de dos meses, y para manifestar su deseo de hacer un ajuste amistoso entre ambas naciones, envió una embajada á Barcelona, proponiendo que la línea divisoria de las pertenencias de España y Portugal fuera el paralelo de las Canarias, de modo que el derecho de descubrimiento hácia el Norte fuese de los españoles, quedando el del Sur para los portugueses ⁽¹⁾.

Durante estas negociaciones avanzaban los preparativos para la segunda expedición del almirante. La dificultad ahora no era encontrar gente que quisiese embarcarse como la vez primera, sino desembarazarse de la muchísima que á competencia se alistaba ca-

(1) Faria y Sousa, Europa portuguesa, tom. II.

da dia, ya por el espíritu aventurero de la época, que concluida la guerra de los moros hallaba en las regiones de un nuevo mundo un vastísimo campo en que desarrollarse, ya por la codicia que habian escitado los objetos traídos por Colon, figurándose muchos que iban á paises donde no tenian que hacer otra cosa que recoger oro y riquezas, y algunos iban tambien impulsados solo por la curiosidad. Entre los alistados se contaban personas de la casa real, caballeros y gente de clase.

Distinguíase entre estos el jóven caballero Alfonso de Ojeda, primo hermano del inquisidor de su mismo nombre, hijo de una familia noble de Andalucía, que gozaba ya fama de generoso y esforzado, ágil en sus movimientos, de genio fogoso y vivo, tan fácil en irritarse como en perdonar, siempre el primero en toda empresa arriesgada, hombre que ni conocia el temor, ni reparaba en el peligro, que peleaba mas por placer que tenia en la pelea que por ambicion ni por vanidad, querido de la juventud por sus prendas personales, y uno de los héroes que por sus hazañas estaban destinados á adquirir gran renombre entre los primeros descubridores del Nuevo Mundo ⁽¹⁾.

(1) Washington Irving hace la siguiente animada y poética pintura de la gente que iba en este segundo viage. «Alli estaba, dice, el hidalgo de elevados sentimientos que iba en pos de aventuras empresas; el altivo navegante que deseaba coger laureles en aquellos mares desconocidos; el vago aventurero que todo se lo promete de un cambio de lugar y de distancia; el especulador ladino, ansioso de aprovecharse de la ignorancia de las tribus salvajes; el pálido misionero de los claustros, consagrado al servicio

Limitóse sin embargo el número de personas á mil quinientas, y la armada se componia de diez y siete buques entre grandes y pequeños. Para ocurrir á estos gastos contrataron los reyes un empréstito, destinando ademas el producto de los bienes confiscados á los judíos. Dispuesto ya todo, dióse Colon á la vela con su grande escuadra en la bahía de Cádiz á 25 de setiembre (1493), facultado hasta para espedir órdenes con título y sello real sin necesidad de acudir al gobierno ⁽¹⁾.

Tan pronto como partió la armada, enviaron los reyes de Castilla una embajada al de Portugal participándole el envío de la espedicion, y manifestándole que la línea divisoria de navegacion que él proponia no era admisible, ya por ser contraria á la demarcada por las bulas de Alejandro VI., que suponía tirada de polo á polo, y no de Oriente á Occidente, segun el cual el Océano Occidental quedaba todo á disposicion de los españoles, ya porque el tratado de 1479 solo se referia á las posesiones que entonces tenia Portugal en la costa de Africa y á su derecho de descubrimiento en direccion de las Indias Orientales. Recibió el portugués con igual disgusto la noticia de la espedicion y la respuesta de los embajadores; y si bien

de la iglesia, y devotamente celoso por la propagacion de la fé; todos animados y llenos de vivas esperanzas..... Entre todos descolaba Colon por su gentil talante y su simpático rostro..... etc.» Ir-

ving, Vida y Viages de Cristóbal Colon, lib. VI. c. 1.
(1) Coleccion Diplomática, en Navarrete, Viages, tom. II.—Munoz, Historia del Nuevo Mundo, lib. IV.

estos ofrecieron someter el asunto á la decision arbitral de la córte de Roma, ó á la de otro árbitro que de acuerdo nombrasen, pareció al principio querer intimidar á los enviados españoles, llevándolos como por acaso á que viesen la brillante caballería portuguesa, dispuesta á salir á campaña. Mas como luego supiese que en la córte española se tomaban medidas enérgicas y se preparaban duplicadas fuerzas para el caso de un rompimiento de hostilidades, con mucha sagacidad procuró desvanecer la idea de que abrigase tal pensamiento. Convencido tambien, por otras tentativas que ya habia hecho, de que el juicio arbitral de Roma no habia de serle favorable, optó por que se decidiese la cuestion por medios y conferencias amistosas.

Pero en esto se habia dejado trascurrir el resto de aquel año. Al siguiente cada corona nombró sus representantes para tratar el asunto. Reuniéronse estos en Tordesillas (7 de junio, 1494), y despues de conferenciar algun tiempo firmaron un tratado, por el cual se ratificaba á los españoles el derecho esclusivo de navegacion y descubrimiento en el Océano Occidental, y estos, en atencion á que los portugueses se quejaban de que la línea del papa reducía sus empresas á muy estrechos límites, convinieron en que en lugar de tirarse á las cien leguas al Occidente del Cabo Verde y las Azores, segun la bula pontificia, se estendiese á las trescientas setenta. Cada nacion ha-

bia de enviar á la Gran Canaria dos carabelas con hombres científicos, que dirigiéndose al Occidente hasta la espresada distancia, designasen la línea de particion, poniendo señales de distancia en distancia. Esto último no llegó á verificarse; pero la ampliacion de la línea con arreglo al tratado, que ratificaron ambos monarcas, sirvió despues á los portugueses para fundar las pretensiones al imperio del Brasil. «Así, dice Vasconcelles, esta gran cuestion, la mayor que se agitó jamás entre las dos coronas, porque era la particion de un nuevo mundo, tuvo amistoso fin por la prudencia de los dos monarcas mas políticos que empuñaron nunca el cetro (1).»

No seguiremos á los descubridores y conquistadores del Nuevo Mundo en los interesantes pormenores, sucesos y aventuras de sus viages de exploracion y de conquista, porque seria embarazar el curso de nuestra historia con interminables episodios, que dan copioso y digno asunto para determinadas y particulares historias que de ellos se han hecho, y donde pue-

(1) Aquí añade Prescott la preciosa observacion siguiente: «No pasaron muchos años sin que las dos naciones, rodeando el globo por distintos caminos, vinieran á encontrarse en la parte opuesta; caso, segun parece, no previsto por el tratado de Tordesillas. Sin embargo, las pretensiones de ambas partes se fundaron en los artículos de aquel tratado, que no era mas, como es sabido, que un suplemento á la bula primitiva de demarcacion de Alejandro VI. Así aquel arrogante ejercicio de autoridad pontificia, tantas veces ridiculizado como quimérico y absurdo, en cierto modo llegó á justificarse por el suceso, porque estableció en efecto los principios segun los cuales quedó definitivamente dividida entre dos pequeños estados de Europa la vasta estension de imperios vacantes en Oriente y Occidente.»—Reyes Católicos, cap. 48.

den verse. Espondremos solo los principales resultados de estas y otras sucesivas expediciones, y las consideraremos en su índole y carácter, y en el influjo que iban ejerciendo en la condicion de España.

Sin las inquietudes, hijas de la desconfianza de la vez primera, y sin otro contratiempo que alguna pasajera, aunque imponente borrasca, siguiendo desde las Canarias el rumbo de Sud-Oeste, y con intencion de encontrar las islas de los Caribes, de que tanto habian hablado á Colon los indios de la Española, en la tarde del 2 de noviembre vió el almirante señales de estar cerca de tierra; y en efecto, al dia siguiente toda la flota divisó con regocijo y arribó con entusiasmo á una isla cubierta de verdes florestas, á la cual llamó Colon la *Dominica*, por ser domingo aquel dia. No viendo en ella proporcion de buen anclage, pasó á otra que les pareció desierta, y de que tomó posesion en nombre de sus soberanos, segun costumbre, llamándole *Marigalante*, del nombre de su buque. Forman estas islas parte del grupo de las Antillas. Continuando su exploracion descubrió otra, que nombró *Guadalupe*, en cumplimiento de una promesa que habia hecho á los religiosos del convento de este título en Extremadura. En esta hallaron pequeñas y rústicas poblaciones, cuyos habitantes huian á su vista, abandonando hasta sus propios hijos. Grande fué el asombro y el terror de los españoles cuando al reconocerla hallaron en las chozas huesos y cráneos hu-

manos, al parecer como si les sirvieran de vasos y utensilios del servicio doméstico. Esto y las esplicaciones de algunas mugeres que cogieron, los convencieron de que estaban en una isla de caribes, de aquellos que hacian largas expediciones en sus canoas contra los de otras islas, á quienes aprisionaban y destinaban para pasto en sus feroces festines. Algunas de las mugeres aprehendidas por los españoles eran de estas infelices cautivas, y otras se les presentaban pidiéndoles amparo. Por lo mismo fué mayor el sobresalto de Colon y de sus compañeros al observar que Diego Marquez, capitán de una carabela, que con ocho hombres se habia internado por la isla, no pareció en los dias siguientes. En vano fué disparar cañonazos en los bosques y en la playa, destacar partidas que sonáran trompetas, y hacer otras llamadas y señales. En vano el intrépido Alonso de Ojeda, seguido de algunos de los más resueltos, recorrió hondos valles y elevadas montañas descargando arcabuces y haciendo resonar clarines. Ojeda volvió con el desconsuelo de no haber hallado vestigios de Marquez y sus compañeros, y ya todos los suponian muertos y devorados por los fieros caníbales. La flota, que solo por ellos habia esperado muchos dias, estaba ya para darse á la vela, cuando con universal alegría se vió aparecer á los extraviados, cuyos macilentos y descarnados rostros revelaban los trabajos que habian sufrido. Traian consigo algunas mugeres y muchachos:

hombres no habian visto ninguno, pues por fortuna suya habian salido á una de sus expediciones predatorias.

Deseaba mucho Colon volver á encontrar la Española, y saber los progresos que habia hecho la colonia del fuerte de Navidad que alli habia dejado en su primer viage. Al efecto navegó costeando al Nor-Oeste de la Guadalupe. Sin empeñarse en ensanchar sus descubrimientos, fué poniendo nombres á las islas que en aquel hermoso archipiélago al paso se le aparecian, como *Montserrat*, *Santa María la Redonda*, *Santa María de la Antigua*, *San Martin*, *Santa Cruz* y otras. Aqui sostuvieron los nuestros un combate con una canoa de feroces caribes, armados de arcos y flechas envenenadas. Las mugeres peleaban lo mismo que los hombres. El aspecto de aquellos salvages era fiero y horrible, y los colores con que se pintaban la circunferencia de los ojos daban á sus rostros una espresion siniestra y repugnante. Vencidos, prisioneros y atados por los españoles, conservaban aquellos salvages una impavidez imponente. Una carabela enviada por Colon hácia unas islas que se divisaban, volvió diciendo que se descubrian al parecer mas de cincuenta. A la mayor del grupo le puso Colon *Santa Ursula*, y á las otras *las Once mil Virgenes*. Dejando su reconocimiento para otra ocasion, continuó su rumbo hasta llegar á una isla grande, revestida de hermosas florestas y circundada de muy seguros puertos. Era la

patria de los cautivos hechos por los caribes que se habian refugiado á los buques, y casi siempre estaban con ellos en lucha. Gobernábalos un cacique, que vivia en una casa grande y regularmente construida, pero todo estaba desierto, porque los naturales habian huido á los bosques al divisar la escuadra. Daban ellos á su isla el nombre de *Boriquen*: el almirante la llamó *San Juan Bautista*, y es la que hoy se denomina *Puerto-Rico*.

A los dos dias de estancia en aquella isla, y acabando asi el crucero por entre las Caribes dióse de nuevo á la vela la escuadra, y el 22 de Noviembre arribó á otra isla, que desde luego se reconoció ser el extremo oriental de Haiti ó la Española, que con tanta ansiedad buscaba el almirante. Sin hacer mucho caso á algunos indios de aquel pais de agradables recuerdos, que se presentaron á convidarle de parte de uno de los caciques á ir á tierra ofreciéndole mucho oro, continuó su rumbo con la impaciencia de encontrar el puerto de la Navidad, á cuyo frente llegó al anochecer del 27. Aquí comenzaron las halagüeñas esperanzas de Colon y las doradas ilusiones de los expedicionarios á convertirse en tristes y fatídicos sentimientos. Los cañonazos que aquella noche dispararon desde el buque, no fueron contestados por la colonia que habia quedado en la fortaleza. Ni se veia luz en la costa, ni se percibia ruido, ni se advertia señal alguna de vida, todo era silencio y oscuridad. ¿Qué se ha-

bria hecho la gente del fuerte? Cruelles sospechas empezaron á agitar el ánimo de Colon y de todos los españoles. Las noticias vagas que por algunos indios adquirieron al dia siguiente, no hacian sino aumentar su perplejidad y su amargura. Un bote que envió á reconocer la silenciosa y solitaria costa, que creyó encontrar rebosando de animacion y de alegre bullicio, volvió con la nueva fatal de no haber hallado sino ruinas y huellas de incendio en el fuerte, y á su inmediacion cajones y utensilios rotos y girones de vestidos europeos. Mas y mas alarmado Colon, saltó él mismo á tierra. En su afanoso reconocimiento halló las mismas señales, con mas diez ó doce cadáveres semienterrados, que por algunos retazos de ropa que aun se descubrian mostraban haber sido españoles. ¿Habian perecido los treinta y ocho infelices que Colon dejó allí en su primer viage para que recogieran y almacenáran el oro de la isla, y civilizáran á los indios, y los hicieran amigos y les enseñáran su lengua aprendiendo ellos la suya? Tiempo es ya de que sepamos la historia de aquella primera colonia europea en las regiones del Nuevo Mundo.

Gente la mayor parte indócil, turbulenta y soez la que habia dejado allí Colon, como casi toda la que habia llevado la vez primera, tan pronto como se vió sin el freno de la presencia del almirante, olvidó sus prevenciones y consejos, menospreció la autoridad de Diego de Arana su lugarteniente, comenzó á come-

ter todo género de desórdenes y malos tratamientos con los indios; cada cual pensó en satisfacer su avaricia y su sensualidad, á pesar de haber dado el cacique Guacanagarí dos mugeres á cada uno, no estaban libres de sus brutales pasiones las mugeres ni las hijas de los isleños, como no estaban seguros de su rapacidad sus adornos, y los infelices indios que se veían maltratados y despojados, no acertaban á comprender cómo unos hombres á quienes habian creído bajados del cielo, se entregaban á tales excesos y demasías. Perdida y relajada entre ellos la disciplina, ansiando llenar cada cual de por sí su cofre de oro, dividiéronse en facciones, abandonaron los mas de ellos el fuerte, incluso los otros dos gefes Pedro Gutierrez y Rodrigo de Escobedo, que con una partida de diez hombres y algunas mugeres, se internaron la isla adelante en busca del oro de las ponderadas montañas de Cibao. Dominaba allí el cacique Caonabo, que quiere decir *Señor de la casa de oro*, caribe de nacimiento, tan feroz como valiente, que aprovechando la ocasion de vengarse de aquellos estrangeros que iban á apoderarse de sus riquezas, armó secretamente á sus súbditos, y cayendo de improviso sobre los españoles, los degolló á todos. Seguidamente, concertado con el cacique de Marion ó Maireni, atravesó silenciosamente las montañas, sorprendió el fuerte de los cristianos, donde solo habia quedado Arana con otros diez hombres, y casi todos fueron horriblemente despedazados, y los

pocos que huyeron al mar perecieron en él. El buen Guacanagarí peleó con sus súbditos en defensa de los españoles, pero derrotados por sus salvages vecinos, herido él mismo en una pierna de una pedrada lanzada por el feroz Caonabo, presencié la muerte de muchos de los suyos, y su misma residencia fué incendiada y destruida. Tal es la trágica historia del primer establecimiento europeo que hubo en el Nuevo Mundo (1).

Aunque Colon, invitado por Guacanagarí, pasó á visitar á este cacique su antiguo amigo, y le halló efectivamente herido y en cama, y aunque Guacanagarí lloró al verle lamentando el desastre de la guarnicion española, casi todos sospecharon alguna traicion de parte de aquel cacique, menos Colon que nunca dudó de su lealtad, y á pesar de las sugeriones del padre Boil contra el gefe de los indios, no quiso el almirante malquistarse con un aliado que aun era poderoso en el pais, y de quien tantas finezas y tantas pruebas de amistad habia recibido la vez primera. Sin embargo, ni ya los indios miraban con tanto respeto á sus celestiales huéspedes y á los símbolos de su fé, ni los españoles se fiaban ya de las amistosas demostraciones de Guacanagarí y sus isleños: habia una oculta y recíproca desconfianza, na-

(1) Navarrete, Coleccion, Tomo I. Segundo viage de Colon.—Oviedo, Hist. general y natural de Indias.—Las Casas, Fernando Colon, Hist. del Almirante.—Herrera, Muñoz, etc.

cida en los unos del mal comportamiento de los primeros colonizadores, en los otros del misterio que envolvía la lamentable tragedia de la guarnición del fuerte de Navidad.

Determinó, no obstante, Colon, dejar fundado en aquella isla un establecimiento formal, una ciudad que asegurara su posesion, y en que aprovechar los muchos elementos de colonizacion que habia llevado en la escuadra y que se estaban ya deteriorando. Con este objeto reconoció varios lugares y comarcas de la isla, hasta que halló uno que ofrecia cómodo puerto, en clima suave y feraz, no lejos de las apetecidas montañas de Cibao, donde se encontraban las ricas y abundantes minas de oro. Mandó, pues, aproximar allí los navés, y comenzó el desembarque de la gente de tierra, de los artesanos, menestrales y labradores, de las instrumentos de cada oficio, de los animales, plantas y semillas, de los cañones y provisiones de todas clases para la defensa y mantenimiento de la colonia. Con mucha diligencia y actividad se emprendieron los trabajos de construccion, levantáronse casas de piedra, madera y otros materiales, se erigió un templo, se hicieron almacenes, se edificó, en fin, una poblacion con sus calles y sus plazas, y quedó fundada la primer ciudad cristiana del Nuevo Mundo. Colon le dió el nombre de *Isabela*, en honra de la reina de Castilla, su regia patrona.

Pero pronto comenzaron á desarrollarse enferme-

dades en los nuevos colonos; las privaciones que habian sufrido en una navegacion larga, la dura vida que habian hecho á bordo y á que no estaban acostumbrados, la mala calidad de algunos alimentos, los trabajos de edificacion y de plantacion de huertas, las exhalaciones de un suelo vírgen y de un clima húmedo y cálido, multitud de causas físicas y morales contribuyeron al desarrollo de enfermedades, de que no se libertó el mismo Colon, el cual se vió obligado á pasar algunas semanas en cama, si bien su espíritu no se abatió nunca ni dejó de atender á los cuidados de su gobierno. Era menester ya enviar á España la mayor parte de los buques. Se necesitaban medicinas, ropas y alimentos de España. Hacian falta armas y caballos para imponer sumision á los indios; trabajadores mecánicos, mineros y fundidores para los metales que se esperaba obtener. ¿Pero qué enviaba á España para mantener vivo el entusiasmo de los reyes y de los pueblos por los descubrimientos y conquistas del Nuevo Mundo? ¿Qué dirian los españoles si en vez de los cargamentos de oro que esperaban, veian regresar los bageles vacíos, con mas la triste nueva del asesinato y degüello de la guarnición que habia quedado en la Española? Todo esto angustiaba el ánimo de Colon, y resuelto á no enviar así la escuadra, despachó á los dos jóvenes é intrépidos caballeros Ojeda y Gorbalan á esplorar las doradas montañas de Cibao que distaban solo tres ó cuatro dias de viage.